



JESÚS MORÓN

Chamizo y Europa denuncian la situación de los presos

El Defensor del Pueblo Andaluz, José Chamizo, denunció ayer el hacinamiento, la falta de atención médica y jurídica que sufren los presos en Andalucía. Habló en el Máster en Criminología de la Universi-

dad Pablo de Olavide, el mismo día en que el Comité para la Prevención de la Tortura del Consejo de Europa recomendaba a España mejorar sus cárceles tras detectar violaciones de los derechos humanos.

El factor humano



INTRAMUROS

JUAN MIGUEL VEGA

SI HOY DÍA soy cliente de La Caixa, igual que sucesivamente lo he sido de Cajasol y Banca Cívica, es porque en mi fuero interno, digamos que sentimentalmente, todavía soy cliente de El Monte, aquella pequeña caja de ahorros de mi ciudad a la que una vez, hace ya mucho tiempo, quise confiar la gestión de mis escasos parneles. Fue por aquello, ya se imaginarán, de estar concienciado con el progreso de tu gente, de apostar por las cosas de tu tierra, lo de «consuman productos andaluces», «el dinero de los andaluces debe quedarse en Andalucía» y

todo eso. Recuerdo que también entonces convencí a mis vecinos para que trasladásemos de La Caixa a El Monte la cuenta de nuestra comunidad sin imaginar, qué ingenuo, que con el tiempo ella haría sola el camino de vuelta. Seguramente debieron de ser los efectos de haberme estrenado como votante en el referéndum del 28 de febrero; un romántico ensueño que no tardaría en ser desplazado por la cruda realidad de nuestra sempiterna frustración. La vida. A veces resulta inútil empeñarse en luchar contra el sino. Tal vez por eso me di cuenta con el paso de los años de que si yo era cliente de La Caixa no es exactamente porque lo fuera de El Monte, sino porque en realidad lo era de **Isidro González**, ese magnífico y eficiente empleado con el que hace ya casi veinte años me topé con un cristal antibalas de por medio. Porque Isidro, no El Monte ni La

Caixa, es quien me ha resuelto en todos estos años mis problemas de contabilidad; el que gestionó mis créditos y aguantó los recibos hasta que llegara la nómina; el que tramitó mis seguros y averiguó el modo de que pudiera afrontar esos gastos extras que aparecen de vez en cuando. Por eso mi cuenta, cuyos veinte dígitos él se sabe de memoria, lo ha seguido a través de todas las urbanas por las que ha pasado. Mas puede que por desgracia el final de ese viaje esté cerca. La otra mañana, antes de que amaneciera, me lo encontré echando gasolina. Iba para Osuna, donde ahora lo han destinado. Hacer ciento sesenta kilómetros diarios para ir a trabajar no es plato de gusto para nadie, pero Isidro no se queja; también podrían haberlo enviado, como a algunos compañeros, a uno de esos pueblos pirenaicos donde sólo se habla catalán, y todo lo más, francés,

abocándolos al desarraigo y la soledad. Lo llaman estrategia de recursos humanos. Recursos, tal vez, pero humanos, muy poco. Sé, por todo esto, que tarde o temprano tendré que cambiar de banco en busca de otro Isidro en quien confiar. Y aunque está claro que La Caixa, que a fin de cuentas ya no es El Monte, no se va a hundir si me llevo de ella mis números rojos, puede que yo no sea el único que se vea obligado a hacerlo y puede que por eso acabe alguna vez lamentando no haber sabido velar por el más valioso de sus fondos: el factor humano.

El perro del hortelano

La prensa gaditana se hacía eco ayer de los recelos que el empresariado de aquella ciudad muestra hacia el proyecto del dragado del Guadalquivir, el cual se prevé que permita incrementar notablemente el calado de los barcos que lleguen al puerto fluvial de Sevilla, incrementando así las posibilidades de éste y, se supone, beneficiando a la industria local que ahorrará de ese modo muchos costes en materia de transporte. Al respecto, los empresarios gaditanos temen que el beneficio que el dragado del río produzca en el tráfico del puerto de Sevilla pueda repercutir negativamente en el del puerto de Cádiz, cuyo tráfico, dicho sea de paso, está ya por debajo del que tiene el puerto de Sevilla sin necesidad de haber dragado el río.

Lo que estos temores vienen a constatar por desgracia una vez más es esa lógica absurda y cainita que se ha instalado en Andalucía, gracias, paradójicamente, a unos gobernantes autonómicos medrosos, acomplejados y, sobre todo y lo más grave, que nunca han creído en Andalucía como proyecto en sí, sino como parte, quizá estrategia, hacia otra cosa. Políticos mediocres, ahí están sus resultados, que han fomentado el agravio y la queja, básicamente contra todo lo que huele a Sevilla, en vez de hacer ver el hecho objetivo y evidente de que todo lo que sea bueno para una parte de Andalucía puede serlo también para el resto. Ya va siendo hora de acabar con esa cultura, por llamarla de algún modo, del perro del hortelano en la que vivimos instalados, pues a base de no querer que el vecino progrese para evitar verme detrás de él nos estamos hundiendo todos. No hay más que ver, por ejemplo, de quiénes han acabado siendo casi todas las cajas de ahorros de Andalucía. A río revuelto...

intramuros@hotmail.es